

que hubiésemos de conmemorar este día al frente de él. Creímos y seguimos creyendo que somos los menos aptos para llevar sobre nuestros débiles hombros, una empresa tan superior á nuestras pobres facultades. Quiere sin embargo la benevolencia del público, que le ha dispensado su protección, y la sincera voz de aliento y simpatía de la patriota emigración cubana, que continuemos desempeñando la honrosa distinción de abanderado de la buena causa entre nosotros, y con gusto sostendremos el puesto hasta resignarlo en manos más honrosas, ó hasta cubrirlo con el laurel de la victoria, ya no lejano.

Saludamos en este día tan grato para nosotros, á los heroicos combatientes de la Libertad Cubana, á la noble y patriota colonia antillana, y á todos aquellos que nos dispensan sus favores, entre los que debemos hacer distinción honrosa para nuestros respetables colegas de dentro y fuera del país.

## CARTA ABIERTA

Redacción de EL NOTICIERO,  
Octubre 24 de 1896.

Señor Don Emilio Artavia  
Redactor de EL PABELLÓN  
CUBANO.

Ciudad.

Respetable compañero:

Mañana es el primer cumpleaños de la publicación que Ud. fundó y redacta acertadamente.

Para saludarle por ello, compongo estas líneas: soy cubano y debo felicitarle.

El olvido, la falta de agradecimiento, son propios de quienes creen con el indio Venúta que el bien es obligatorio y no debe ser recordado por quien lo recibe.

El día que Cuba, ceñida con la esplendente diadema de la libertad, sentada bajo el solio de la paz y del progreso, gozosa muestre á sus hijos las páginas de la historia épica americana, al llegar á las que narren la suya, como la liberta Asbar, encarecerá á sus descendientes el agradecimiento hacia los que la manumitieron.

El Pabellón Cubano, verbo escrito en esta República para levantar la independencia de Cuba, inspirado por quien como Ud. es costarricense por el suelo, pero cubano por el alma, tendrá puesto fijo y limpio en el corazón de los hijos de aquella isla.

Y no es la frase de oropel que entraña la falsedad la que rauda desciende á mi pluma para loar á Ud., es la del proscrito que por la patria en anhelos vive y

olvida su dolor cuando oye una voz amiga.

La de Ud. lo es, y por eso lo saluda en el día de mañana su compañero:

TIBURCIO AGUIRRE.

## LA SEGUNDA INVASION

"PARA EL PABELLÓN CUBANO."

En Orienté, la tierra de las grandes rebeldías, se prepara el primer cuerpo, de cinco mil hombres, del Ejército con que ha de realizar el General Máximo Gómez su segunda invasión.

El espanto, el desconcierto, la duda, la admiración, en fin, que ocasionó la primera, arrojando en Colón y Coliseo á la española infantería; sacudiendo por los cabellos aquella reacción ensoberbecida de la Habana, que loca, desfavorida, con los ojos abiertos, conteniendo el aliento, miraba hácia el horizonte ennegrecido por el humo del incendio y de los combates, oyendo por vez primera el grito estruendoso que el coraje, el heroísmo, el dolor de tantos siglos arrancara á un pueblo, adormecido al son de las bandurnas y del tiple, y que al esgrimir el machete para dar con él en la frente á los tímidos é indiferentes de Occidente, había de producir, como produjo, el contagio salvador, torrente prodigioso que había de ahogar, como ahogó, el error de los unos, el odio de los otros, la maldad de éstos, la ambición de aquéllos, para hacer surgir, inspirada por Martí, victoriosa y redimida, aquella pobre Patria que pocos años antes cruzaba por los campos de batalla mandando sangre del costado, coronada la frente de espinas; manchada la túnica de lodo, y articulando entre sus labios, como única plegaria y único consuelo, la palabra apocalíptica de las grandes decepciones: ¡Venganza!

Se levantaron los corazones, se irguieron las frentes, se unieron los pechos; y los latidos de unos, y los anhelos de otros y las ideas de todos; alzaron el brazo que había de sostener aquella bandera, que agujereada por las balas y destrozada

por el tiempo, parecía pisoteada por las muchedumbres que pasaban cantando su deshonra, mientras los huesos de los primeros mártires abonaban inútilmente la tierra, entregada al saqueo de los amos y á las contorsiones de los esclavos.

¡Qué tristezas tan grandes y qué deshonras tan inmerecidas!

Pero un grupo de hombres, pocos, como las virtudes de la tierra, grandes, como los dones del cielo, miraba en silencio, contraída la frente, suspenso el espíritu, aquel fenómeno del dolor, en que todo un pueblo, por olvidario, levantaba espantosa gritería para ahogar los remordimientos de la conciencia y las angustias del alma.

¡Pobre pueblo enfermo que ocultaba la frente entre sus manos, para no ver el mar, que entre sus olas llevaba á los hermanos expatriados la queja de aquella gran vergüenza!

El despertar tenía que ser terrible; los unos agujoneados por el recuerdo, los otros por el recuerdo avergonzados, unieron los pechos y emprendieron aquella carrera furiosa, invencible, magnífica, con que atravesaron de un extremo á otro la isla para extremecerla, para revivirla, para levantarla ensangrentada y presentarla al mundo iluminada por el incendio y redimida por el heroísmo!

¡Qué gran sacudimiento y qué gran reivindicación para aquel pueblo! Tal fué la primera invasión.

Y el pueblo español, "acampado en medio de Europa," según Sanguily, también se estremeció, pero fué de espanto, de zozobra, de rabia impotente; y raído y sucio, tendió sus manos, encallecidas no por el trabajo, sino por el jaleo, á las potencias europeas, para recibir de ellas, asombradas con tanta miseria y tanta ignorancia, el estigma infamante que quema la frente de los dignos: ¡perdone, hermano!

Entonces vino el vértigo, y los reclutas en Valencia y en Barcelona se niegan á ir á combatir; y las mujeres españolas que ayer iban roncas empujando los cañones, hoy ensordecen con sus gritos la con-

ciencia nacional, pidiendo á sus hijos, que sólo van á Cuba á abonar la tierra que tanto odian, mientras los hombres de gobierno de aquella nación infeliz, sobre la túnica destrozada de la patria se reparten, entre visajes y contorsiones, los dineros con que vendieron á extranjeros codiciosos el porvenir, la vida, las últimas gotas de sangre de aquel pueblo, á quien el Papa bendice para ayudarlo á bien morir!

Puede decirse que Colón fué la primera víctima española en América. Al pisar la tierra de sus ensueños lloró de antemano la ingratitud y la crueldad con que habían de pagarle los españoles; bien que aquellas lágrimas, según Lamartine, debió haberlas derramado la tierra virgen que el destino entregó al saqueo, al hierro, al fuego de los conquistadores.

Las últimas lágrimas las derrama Cuba. Ellas, sin embargo, no han conmovido el continente que ayer también las derramara; tal parece que fueron tantas, que ahogaron el recuerdo de las pasadas infamias y de los crímenes pasados, con que España conquistó de estos países esa neutralidad que obliga á mi Patria á tener el mar como único auxilio. En ese mar no hay una vela amiga. Hemos tenido que hacer solos un grande esfuerzo, pero ¡ay! muy sangriento.....

La primera invasión anunció al mundo nuestra reivindicación; la segunda anunciará nuestra Independencia. Para entonces, abiertos nuestros brazos para estrechar junto al corazón á los que nos ayudaron, el mar que besa nuestras playas llevará á las costas de los otros pueblos el saludo que, por la libertad y la fraternidad americanas enviaremos desde las montañas de nuestra tierra á la Nación descubridora; bien así como el indio Tabaré, en la hermosa eración de Zorrilla de San Martín, al morir á manos del conquistador, envuelve en miradas de amor y de perdón á los que tanto daño hicieron á su raza y á su patria.

PEDRO C. SALCEDO.